

# Biblioteca-Films

NÚM.  
295

El Minero de Arizona

25  
CTS



Fred  
Thomson

Nora Lane

# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:  
Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES

AÑO VI

REVISADA POR LA FERIA CENSURA

Núm. 295

ARIZONA NIGHTS 1927

## EL MINERO DE ARIZONA

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título interpretada  
por el malogrado actor

**FRED THOMSON**

*Exclusivas L. GAUMONT*

Paseo de Gracia, 66      Barcelona

### REPARTO

Alfredo Coulter..... FRED THOMSON  
Elena..... NORA LANE

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

## PRIMERA PARTE

En los viejos días en que los "pioneers" recorrían en lentes caravanas el "Far West" bajo la amenaza constante de los pieles rojas, una bárbara tortura y una muerte cruel solía a veces terminar con la ilusión de muchos buscadores de oro. Pero el brillo aureo era como un imán poderoso que seguía atra yendo nuevos y nuevos aventureros al terri torio de Arizona. Entre aquellos hombres, que con un sublime despego a la vida se aventuraban por aquellas inhospitalarias tie rras, se hallaba Alfredo Coulter. Era este un muchacho alto, fornido, de excelente muscu latura y cuyo semblante expresaba una sim patía extraordinaria que dejaba bien a las claras el fondo de su alma noble y gene rosa. Antiguo "cow-boy" había abandonado su rancho con la esperanza de hallar una for tuna en las entrañas de la tierra. Todos sus amores se hallaban concentrados en un mis

mo ser, en "Rayo" un hermoso caballo bla nco, con una inteligencia casi humana y con quien Alfredo simplificaba sus viajes y su trabajo.

Después de varios meses de infructuoso trabajo, sin conseguir el deseado metal, la pobreza y el desaliento se habían apoderado de Alfredo y desesperanzado, le dijo a su compañero:

—Estamos arruinados, Pedro... Poseemos una mina soberbia... pero no tiene oro.

El viejo Pedro Mulligan, el compañero de Alfredo, héroe de dos guerras y tres matrimonios, se había convertido no sólo en amigo íntimo del muchacho, sino también en una especie de ama de llaves. Al ver la desespe ración del joven, a quien había llegado a querer como a un verdadero hijo, trató de consolarlo, diciéndole:

—No desanime, Coulter; estoy seguro que si seguimos trabajando, tarde o temprano en contraremos oro.

—Puede que lleve usted razón, pero para eso será preciso que busquemos otra mina; ésta a pesar de ser tan grande no vale nada, le falta lo esencial—respondió Alfredo.

Ante lo evidente que eran sus palabras, el viejo Pedro no supo qué contestar y echando la cosa a broma, exclamó:

—Sí, la mina es lo mismo que esta casa... Es una casa muy confortable... pero no tie

ne despensa... Lo mejor es que vayamos al poblado a ver si nos quieren dar algo de comer con el poco dinero que nos queda.

Y de acuerdo con la idea, propuesta por Pedro, los dos amigos montaron a caballo para encaminarse hacia el único restaurant que había en el pueblecillo inmediato.

En éste vivía un tal Samuel Gray, otro de los aventureros que habían venido en busca del precioso metal, aunque no con la intención de obtenerlo con la pala y el pico, sino utilizando para conseguirlo, la crueldad innata de sus amigos los pieles rojas. Era un hombre astuto, inhumano, pero como todos los de su calaña, cobarde a más no poder. Jamás se había atrevido a dar la cara y sólo se preocupaba de preparar los ataques a los blancos para apoderarse después de la mayor parte del botín. Tenía por cómplice a otro individuo de sus mismo sentimientos, un tal Carlos Morán, capaz de hacer por dinero todo lo que fuese necesario, menos una cosa: trabajar.

Ambos cómplices, desde que Alfredo y su amigo vivían por aquellos contornos, tenían un inexplicable presentimiento que la presencia del muchacho había de ser desfavorables para sus asuntos, pero cuantas veces intentaron deshacerse de él, el arrojo y la valentía de Alfredo frustraron los ataques de los indios enviados por Gray. Había, ade-



Elena sentía hacia el antiguo "cow-boy" una simpatía que no tardaría en convertirse en amor

más, otra poderosa razón para que éste odiara a Coulter, y era la siguiente:

En el pueblo improvisado por los buscadores de oro había una gentil joven, cuya hermosura había despertado los deseos del malvado aventurero. Era la sobrina de la dueña del restaurant y a pesar de los esfuerzos que Gray había hecho para conseguir su amor, hasta entonces sólo había tenido palabras de evasivas, sin que nunca la joven se hubiera decidido a darle una con-

testación definitiva. Pero desde que Alfredo había llegado, Gray comprendió que Elena sentía hacia el antiguo "cow-boy" una simpatía que no tardaría en convertirse en amor. Y la idea de que otro hombre pudiese poseer lo que para él era inapreciable tesoro, suscitó el odio de Gray y sólo pensó en la forma de deshacerse de aquel entrometido.

Cuando Alfredo y Pedro llegaron al restaurante de la tía Agueda, Gray, se hallaba conferenciando con su cómplice, y le decía:

—El negocio del oro se ha puesto francamente malo. Los buscadores andan desesperados en su busca y parece como si la tierra se hubiese cansado de dar metal. Es necesario que pensemos en algo más productivo.

—Sin embargo—respondió Morán—. Los hombres no pierden la esperanza de encontrarlo.

—Pero mientras tanto—exclamó Gray—. Nosotros permanecemos mano sobre mano, perdiendo tiempo y dinero. He pensado en algo que podía sernos beneficioso.

Morán se acercó más a su cómplice y prestó atención a las palabras de éste que continuó diciéndole:

—Tengo en proyecto un gran negocio... y dejaré que tú participes de él. Los hombres están escasos de dinero y venderían cuanto tienen para poder ir viviendo...

—Pero piense que no tienen nada—le in-

terrumpió Morán—. Lo único que les queda son los caballos y esos no tardarán en morirse de hambre.

—Precisamente ese es el negocio que he visto—respondió Gray—. Compraremos barato los caballos de estos alrededores... Después lanzaremos la noticia de que se ha descubierto oro a alguna distancia, y volveremos a venderlo al precio que queramos a ellos mismos... o a los nuevos que vengan...

—Me parece una idea excelente, pero para ello nos hace falta un colaborador sobre quien descarguen luego la ira los vendedores y compradores—arguyó Morán.

—También he pensado en ello—respondió Gray—. Fíjate en aquellos hombres que están en aquella mesa, ¿los conoces?

—Alfredo Coulter y Pedro Mulligan—exclamó Morán—. Ahora comprendo todo. Déjelo de mi cuenta y no le pesará.

Terminada esta importante conferencia entre los dos truhanes, Gray salió del restaurante, mientras que Morán siguió comiendo tranquilamente esperando la ocasión de poder entrar en trato con Alfredo.

---

SOBRE ROSA (Solo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20

SOBRE INFANTIL 15

## SEGUNDA PARTE

No era solamente Elena la que sentía por Alfredo una gran simpatía, sino que incluso hasta la tía Agueda se sentía inclinada hacia aquellos dos hombres y, a pesar de que siempre estaba riñendo con Pedro, le gustaba, sin embargo, su trato.

Al verlos llegar se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Qué van ustedes a comer?

Pedro, que era el más tragón, se la quedó mirando con los ojos entornados, pensando en lo bien que se podría estar al lado de aquella mujer, con la que indudablemente no escasearía la comida, y respondió:

—Estoy indeciso, como tengo tan poco apetito, no sé, la verdad, qué pedir.

Tía Agueda, que sabía de sobras lo que tragaba aquel viejo, exclamó:

—Entonces volveré dentro de media hora, quizá entonces lo haya pensado.

Un rato después los dos amigos comían y Alfredo, sin apartar los ojos del lugar donde estaba Elena, apenas si atendía las palabras de su amigo que le decía:

—Casi estoy por apostar que la tía Agueda está loca por mí.

Habían terminado de comer y el antiguo "cow-boy" se acercó adonde estaba la muchacha, y le preguntó:

—¿Está usted enfadada con nosotros, Elena? No ha querido usted salir a saludarnos.

—Me parece que el que debía haber venido era usted—respondió la muchacha un poco disgustada, sin duda por la tardanza de Alfredo—. Desde hace cerca de una semana no se le ve a usted por aquí.

—Pero ya he vuelto y si usted quiere la invito a dar un paseo para ver la puesta de sol.

Ella, que no deseaba otra cosa, no se hizo repetir la invitación y salió acompañada del joven, a quien en la puerta detuvo Morán, diciéndole:

—Perdone un momento, Elena, pero tendría necesidad de hablar unas palabras con su compañero.

Alfredo se despidió de la joven, rogándole que le esperara y entró nuevamente con el cómplice de Gray, que empezó diciéndole:

—Deseaba preguntarle Coulter, si quería usted encargarse de comprar caballos para mí.

—¿Va usted a hacerse ganadero? — preguntó Alfredo, sin poder comprender la finalidad de los sentimientos del bandolero.

—Nada de eso—exclamó éste—. Trabajo por cuenta del Gobierno y le pagaré un dólar de comisión por cada caballo que me compre.

Alfredo sólo vió que se le presentaba un bonito negocio para poder salir de aquella apurada situación, y aceptó el encargo que le hacía, diciendo al final:

—¿Podría usted dejarme diez dólares a cuenta?

—No tengo ningún inconveniente—. Sacó un bolsillo de cuero y entregó al joven la cantidad solicitada, a la vez que dándole una palmada cariñosa le dijo: —No se detenga más que aquella muchacha lo está esperando impaciente.

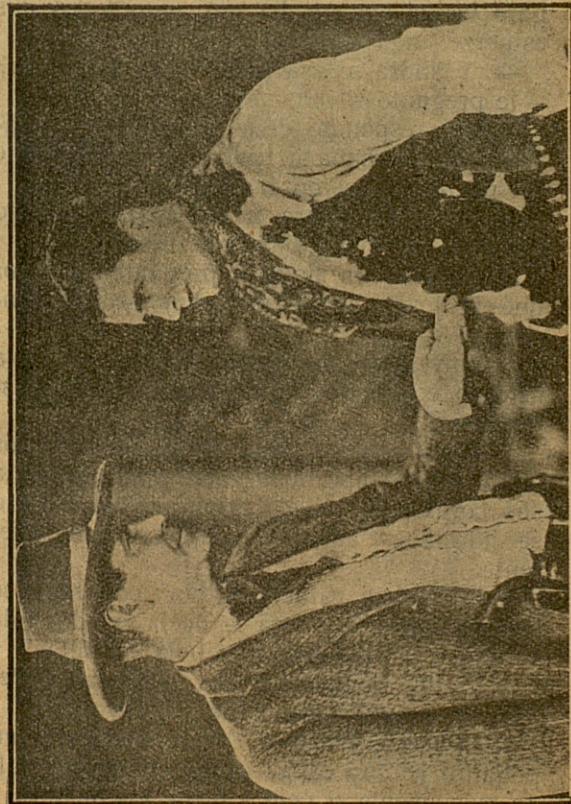
Alfredo rió de buena gana y creyendo que trataba con un hombre honrado se acercó nuevamente adonde estaba Elena.

—¿Qué le ha dicho a usted Morán?—le preguntó la simpática muchacha.

—Me ha hablado de cierto negocio, sin importancia—respondió Alfredo—. Pero dejemos esos asuntos para ocuparnos únicamente de nosotros, que tengo muchas cosas preguntarle.

—Yo también tengo otras cosas que preguntarle—exclamó la muchacha—. La primera de ellas es: ¿Por qué no ha venido durante toda la semana?

—Por qué he estado trabajando en la mina



No se detenga más que aquella muchacha lo está esperando impaciente

para ver si encontraba oro, pero todos mis esfuerzos han sido nulos.

—¿Y ahora piensa usted hacer lo mismo?  
—le preguntó Elena.

—No—respondió el joven minero—. Mañana por la mañana tendré que marcharme del pueblo... a comprar caballos.

—¿Pero no estará usted ausente mucho tiempo?—inquiero alarmada Elena.

El adivino en aquella pregunta el amor que la joven sentía por él y repuso sonriendo:

—Volveré todas las tardes, para traerla a usted a contemplar estas maravillosas puestas de sol.

Y mientras en lo alto de la montaña los dos jóvenes empezaban aquel idilio que unía sus corazones, en el restaurant, otro idilio se formaba, aunque completamente diferente.

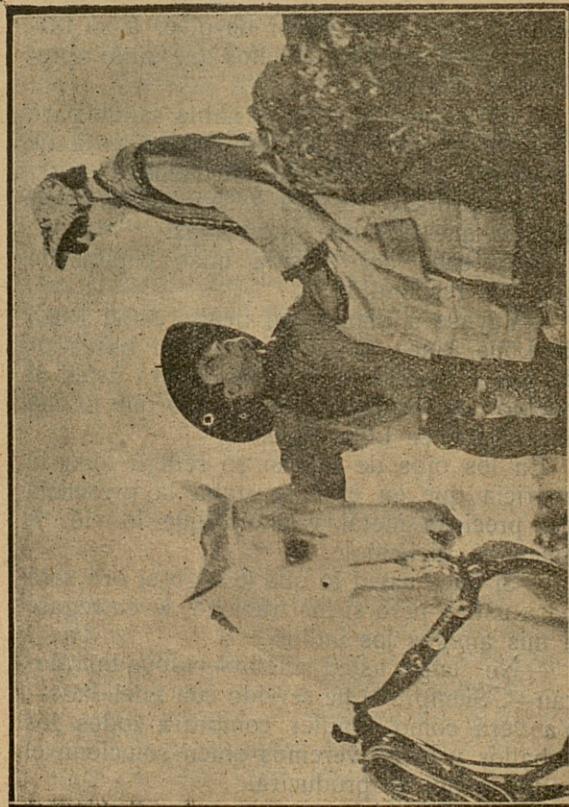
Pedro hacía esfuerzos por congraciarse con tía Agueda y ésta le decía riéndose de su calva, que parecía una bola de billar.

—Es una lástima que sea usted calvo, Pedro, eso le quita todos los atractivos.

—Es que si usted se decide a amarme un poquito, yo soy capaz de hacer que me salga nuevamente el pelo y hasta los dientes.

—Pues entonces hablaremos — respondió riendo la dueña del establecimiento.

Y Pedro se quedó pensando en lo que se-



Y mientras en lo alto de la montaña los dos jóvenes empezaban aquel idilio que unía sus corazones...

ría necesario, para poder devolver a su brillante calva aquellos cabellos que tanto apreciaba la rica matrona.

Al día siguiente, Alfredo había salido para comprar caballos y Morán daba cuenta de su gestión a su cómplice, diciéndole:

—Lo primero ya está hecho, ahora usted dirá lo que hay que hacer más.

Gray sacó del bolsillo unas pepitas de oro y le respondió:

—Váyase a plantar su tienda en el Pozo de Lone Pine... como si fuese un buscador de oro y cuando yo le avise, vuelva usted al pueblo con las pepitas, fingiendo que las ha encontrado en Lone Pine.

En los ojos de Morán se reflejó toda la avaricia que en él despertaba la presencia del precioso metal y Gary, que lo vió, le amenazó, diciéndole:

—Si hace usted lo que le digo el oro será para usted, pero si me traciona, lo entregaré a mis amigos los indios.

—No tenga usted miedo—respondió Morán—. Siempre le he servido con fidelidad—. Ya verá como Coulter comprará todos los caballos y luego veremos quién soluciona el conflicto que se producirá.

—De eso no debemos ocuparnos—exclamó el aventurero—. Tú y los muchachos guardaréis los caballos... y cuando hagamos el negocio saldremos volando de aquí.

—¿Y va usted a dejar a la chica del restaurant?—preguntó sonriendo maliciosamente el cómplice de Gray.

—Me la llevaré conmigo — respondió éste—. Supongo que a ella no le desagradará el viaje.

Momentos más tarde los dos cómplices habían ultimado el plan que debía llevar a la ruina a todos aquellos pobres hombres que luchaban con su trabajo para encontrar el oro apetecido y satisfechos de su hazaña, se despidieron con un fuerte apretón de mano que venía a ser como la rúbrica de aquel ignominioso pacto.

### TERCERA PARTE

Pasaron los días y Alfredo, siguiendo las instrucciones de Morán fué comprando todos los caballos de la comarca. Ganó dinero, pero el jornal diario, Pedro se encargaba de gastarlo íntegro en el desayuno, y para comer sólo le quedaba escasamente para una torta de aceite. Este plato único e insustituible llegó a cansar de tal forma a Alfredo, que le dijo:

—Es la décima torta que como hoy, Pedro. Estoy tan harto de ellas que no quiero ver en mi vida otra torta de aceite.

—Hay que tener paciencia—respondió el viejo—. Yo esperaba casarme con la tía Agueda y así comeríamos bien tú y yo... pero a ella no le gustan los calvos y no veo la manera de que me crezca el pelo otra vez.

Poco rato después salieron a dar un paseo por el pueblo y como es natural, los pasos de uno y de otro los llevaron al restaurant.

Elena, que los vió venir, se adelantó hacia ellos y le dijo a Alfredo:

—Estoy haciendo tortas de aceite, Alfredo, ¿quiere usted probar una?

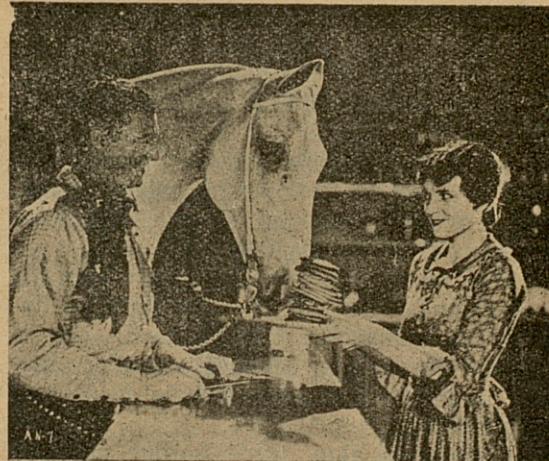
El joven se vió venir encima el chubasco, pero, sin embargo, el miedo de desairar a Elena fué mayor que su aversión a las tortas, y respondió:

—Precisamente, es mi plato favorito.

—Pues entonces, coma las que quiera, a ver si le gustan las que yo hago.

Alfredo consiguió heroicamente comerse dos, mientras que Pedro sonreía interiormente, pensando en la fuerza persuasiva que tienen los ojos de una mujer bonita.

—¿Todavía no ha terminado usted el negocio de la compra de caballos?—le preguntó Elena, para quien las frecuentes ausen-



Pedro se encargaba de gastarlo íntegro en el desayuno

cias de Alfredo le eran en extremo desagradables.

—Ayer terminé mi última compra— respondió Alfredo—. Ahora podré permanecer en el poblado durante algunos días, hasta que se me acabe el dinero cobrado por mis comisiones.

—Ya verá como le gusta esta tranquilidad—exclamó Elena—. Para mí este pueblo es como si fuese la mejor población del mundo.

—Pero cuando nos vayamos a otro sitio

ya verá usted como no nota la diferencia—  
le replicó intencionadamente Alfredo.

Ella comprendió las palabras del muchacho, y queriéndole obligar a que hablase claramente, le preguntó:

—¿Y por qué habla usted en plural?

—Por algo que todavía no puedo decirle, pero tengo la seguridad de que llegará un día que pueda explicárselo.

En el restaurant empezaron a entrar los parroquianos y la voz de la tía Agueda, llamó a sus quehaceres a la muchacha, que se despidió de Alfredo, después de haber obtenido la promesa de que aquella tarde volvería por ella.

La situación algo difícil porque pasaban los dos amigos no les quitaba su continua alegría y buen humor y la prueba de ello fué que Alfredo compró aquella tarde un peluquín para Pedro. Lo envolvió cuidadosamente y al entrar en su casa, le dijo:

—A que no adivina lo que traigo?

—Ni que decirlo tiene—respondió convenido el viejo—. Aceite para hacer tortas.

Alfredo al oírlas nombrar puso la misma cara que si le hubiesen dado una patada en el tobillo y repuso, poniéndole el peluquín:

—Con esto pareces el propio Romeo en persona. Cuando te vea la tía de Elena caerá rendida a tus pies.

El peluquín le estaba un poco pequeño,

pero, no obstante, Pedro quiso poner a prueba su eficacia inmediatamente y se fué hacia el restaurant.

Se quitó el sombrero al entrar y no se dió cuenta que con él se había desprendido también el peluquín.

—Aquí me tiene usted, señora Agueda—  
le dijo a ésta tan pronto como estuvo en su presencia.

—Ya lo veo... ¿y qué quiere usted?—le preguntó la dueña del restaurant.

—¿Cómo que qué quiero?... ¿Acaso no se ha fijado usted en mí?—Y señaló hacia su hermosa calva.

—Si, ya veo—respondió la tía Agueda—. Tiene usted la cabeza como un queso de bola.

Ante aquella ofensa, Pedro se llevó inmediatamente la mano a la cabeza para acariciar el peluquín y entonces fué cuando se dió cuenta de su gran desgracia. Lo buscó en el sombrero y colocándoselo nuevamente le dijo:

—Y ahora, ¿qué le parezco a usted?

—Una verdadera máscara... ¿Acaso estamos ya en el Carnaval?

—Pero Agueda, no sea usted tan cruel—  
suplicó Pedro—. No ve usted que todo lo he hecho solamente por gustarle.

—Déjese de tonterías—replicó la tía Ague-

da—, y siéntese y coma... Ya que no para otra cosa por lo menos le servirá ese aparato para no coger ningún constipado.

Aquello de comer había conmovido tan extraordinariamente al buen Pedro, que no tuvo palabras para contradecir a la patrona, y se sentó a comer tranquilamente.

#### CUARTA PARTE

Gray seguía de cerca el idilio entablado entre Elena y Alfredo y llamó a su cómplice para decirle:

—Me parece que ese muchacho ha terminado ya todo lo que tenía que hacer aquí.

—Eso creo yo también — respondió Morán —. Ya me ha entregado todos los caballos que había por aquí, excepto el suyo, que no lo quiere vender a ningún precio.

—Pues entonces ha llegado el momento de hacerle comprender que su presencia en el pueblo es molesta—volvió a decirle Gray.

—Descuide usted que en cuanto me lo eche a la cara se lo diré—respondió Morán.

Y en efecto, cuando aquel día fué Alfredo para entregarle el último caballo comprado, Morán le dijo:

—Su trabajo ha terminado, amigo... Ahora voy a darle un consejo, si quiere ahorrarse disgustos, no vuelva por el pueblo y menos aún por el restaurant.

—Comprenderá usted—respondió, fingiendo cierto temor Alfredo—que debo saber las razones por las que se prohíbe la permanencia en este pueblo.

—Muy sencillo—exclamó Morán—. Usted pretende a Elena y alguien que tiene mucho poder está dispuesto a que used no consiga su objeto.

—Si es así—replicó Alfredo, pensando interiormente en descubrir al que pretendía robarle el amor de la joven—. Lleva usted razón, y lo mejor es que me quite de en medio.

Aquella noche Alfredo se pescó de Elena, diciéndole:

—Mañana volveré a la mina... Me dice el corazón que ahora sí que encontraré oro y si todo sale como espero, venderemos el restaurant y compraremos un rancho.

—¿Por qué habla usted siempre en plural, Alfredo?—le preguntó la joven, pero él, sin responder a la pregunta continuó diciéndole:

—Antes de que usted se de cuenta, Elena, tendremos una casa, y será el más lindo nido de amor que usted haya conocido...

—No sé por qué me dice usted todas esas cosas—respondió la muchacha.

—Es verdad—exclamó Alfredo—. He em-

pezado por lo último, pero como todo en este mundo tiene arreglo, ahí va lo primero.—Y le dió un sonoro beso a la muchacha. Elena quiso mostrarse ofendida en un principio, pero pronto las palabras de él, hicieron que desapareciera su enfado. Alfredo, acordándose de las palabras que le había dicho Morán, le preguntó:

—Elena, ¿es cierto que en este pueblo hay un hombre que la persigue a usted?

La joven bajó la cabeza sin quererle responder, y él continuó interrogándola:

—Me figuro toda la verdad, ¿acaso es ese Gray?

—Sí, Alfredo—murmuró ella—. Gray es un hombre que me viene siempre asediando. Nunca le he querido decir nada porque conozco su valor y sé que iría usted a buscarle, pero créame, perdería usted el tiempo. Gray no da nunca la cara y su amistad con los indios, según dicen, lo hacen temible.

—Pues yo le demostraré a ese imbécil lo caro que cuesta meterse conmigo—exclamó Alfredo—. Por ahora emplearé la astucia y veremos cuál de los dos gana.

Al día siguiente, como le había dicho a Elena, Alfredo y Pedro, emprendieron de nuevo el camino hacia su mina. Fueron varios días de penoso trabajar los que emplearon nuevamente en busca del precioso metal, pero esta vez la suerte más propicia

para ellos, hizo que la tierra, siempre generosa, les ofreciera el oro que buscaban.

Mientras tanto, Morán había vuelto al pueblo para terminar de realizar el “negocio” combinado con Gray y fué a buscar a uno de los hombres más charlatanes a quienes dijo, mostrándole las pepitas que le entregó su compañero de aventuras:

—He encontrado oro en abundancia a unas quince leguas de aquí, pero no se lo diga a nadie. Pienso inscribir las minas que encuentre antes de que llegue nadie.

La voz, como quería el truhán se extendió pronto entre todos los hombres del pueblo, quienes, seguros de la veracidad de las palabras de aquel hombre, reunieron cuanto pudieron para poder recuperar sus caballos. Mas al irlos a comprar se encontraron con la tenacidad y la avaricia de Gray que les dijo:

—El que quiera un caballo tiene que pagar por él cien dólares.

—Eso es un robo—exclamaron—. Los caballos los vendimos tres veces más baratos.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que seáis unos imbéciles—respondió Gray—. Además yo no os obligo a comprarlos. El que los quiera ya sabe el precio que cuestan, sino dejarlo estar y en paz.

Y como era natural, la sed de oro hizo que entre todos los hombres se reuniese el

dinero necesario para comprar varias caballerías y todos en caravana se dirigieron hacia el lugar indicado por Morán, con la esperanza de encontrar el precioso metal. En el rostro de todos los caminantes se veía la misma satisfacción, iban convencidos de que a varias leguas de allí les esperaba la fortuna y corrían hacia ella, con la misma fe que un sediento hacia un manantial.

El día en que la caravana salió del pueblo, Gray, creyendo que ya había terminado allí todos sus asuntos, decidió acabar con el que interesaba a su corazón. Para ello se personó en el restaurant y Elena, al verlo, le preguntó extrañada:

—¿Cómo es que está usted todavía aquí?... ¿Acaso no quiere usted participar con los demás hombres en la busca de oro?

—Yo me he quedado porque queda algo aquí sin lo que no podía marcharme...—respondió Gray.

Demasiado sabía Elena lo que Gray quería decir con aquellas palabras, pero no obstante fingió que ignoraba el sentido de ellas y respondió:

—Muy urgente debe ser el asunto que le retiene, cuando lo prefiere usted al oro.

En las frases de la joven había una ironía que no pasó desapercibida para Gray, que le dijo:



Satisfechos de ver como se llevaban preso a Gray

—Demasiado sabe usted lo que quiero decirle, Elena. No me he marchado, porque quiero que usted se venga conmigo.

—Ya le he dicho a usted muchas veces que nunca accederé a sus pretensiones—exclamó Elena, enérgicamente—. Y si su detención no tiene otro motivo, puede usted marcharse inmediatamente.

—¿Es decir, que prefiere usted el otro a mí? ¿Acaso cree que no sé porque me rehusa?—exclamó nuevamente el bandido.

—Yo no sé nada, ni me importa lo que usted sepa. Le ruego que me deje en paz.

—Me iré; pero antes quiero que sepa usted quien es el hombre a quien ama. Ha creído usted lo que le ha dicho ese canalla de Coulter, pero todo es mentira. El rumor de que hay oro partió precisamente de Coulter, y todo es falso, mintió para vender los caballos que había comprado.

Elena amaba demasiado a Alfredo para que pudiera creer aquella acusación; tenía tal fe en la nobleza y honradez de Coulter, que no dudó en contestar:

—Sea verdad o no lo que dice, poco me importa. Yo no me casaría con usted aun cuando no hubiese otro hombre en la tierra.

La resolución de la joven exasperó de tal forma a Gray, que, sin detenerse en más contemplaciones, avanzó decidido hacia ella, diciéndole:

—Pues quiera que no, vendrá usted conmigo.

Desde aquel momento se estableció una lucha entre los dos, de la que no hubiera salido bien librada Elena, si en aquel instante no se hubiera presentado Alfredo, que de un terrible puñetazo hizo rodar por tierra a Gray. Este, al verse atacado, echó rápidamente mano al revólver; pero antes de que pudiera hacer uso de él, se vió encañonado por la

pistola de Coulter, a la vez que éste le decía:

—Salga usted a escape de aquí, si no quiere hacerlo con pies por delante.

Gray no se atrevió a responder. Cogió el sombrero y salió, dirigiendo una mirada amenazadora a Alfredo, que hizo que exclamara Elena:

—Huya usted, Alfredo, ese hombre es capaz de todo con tal de vengarse.

—No tema, Elena—respondió Coulter. He tratado con varios bandidos de la categoría de ese y sé de lo que son capaces; mi único temor es por la suerte de los hombres que acaban de salir del pueblo. Voy en busca de ellos. Aquí le dejo a "Rayo" por si le hace falta.

---

Si quiere Ud. aprender a bailar el  
**Tango argentino**

---

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

**EL CHARLESTON**  
y

**BLACK-BOTTOM**

Precio da cada método **25 céntimos**

— Pídala hoy mismo a  
**BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona**

## QUINTA PARTE

En efecto, Alfredo que venía observando a Gray, no se había equivocado en sus pensamientos, puesto que éste, al salir del restaurant, se encaminó hacia donde estaban los indios, y le dijo al jefe:

—Ahora es la ocasión, “Gato Rojo”... En el pueblo hay aguardiente, alimentos y caballerías... y sólo lo defienden mujeres y niños... Habla a tus hombres, diles que para ellos todo el botín, pero que la muchacha del restaurant es para mí.

—Haré lo que tú quieras, hombre blanco —respondió el jefe indio—; pero si me engañas me lo pagarás con la vida.

—Para que no tengas duda de lo que te digo, yo mandaré la expedición — exclamó Gray.

Y momentos después los indios hacían su aparición en el poblado, produciendo el pánico entre las indefensas mujeres.

Apenas se divisaron los pieles rojas, Elena escribió una nota que decía:

“Gray y los indios vienen a atacarnos,  
Elena.”

Llamó a “Rayo” y colocando el papel de forma que fuese visto por Alfredo, le dijo: Corre a buscar a su amo.

El animal, haciendo honor a su nombre, partió como una exhalación, por el mismo camino que antes tomara Coulter.

Este, mientras tanto, había dado alcance a la caravana, y los detuvo, diciéndoles:

—No hagáis caso de lo que os ha dicho Morán. Es mentira que haya encontrado oro. Todo ello es un complot tramado con Gray.

—¿Entonces por qué nos comprabas tú los caballos?—le preguntaron los mineros.

—Porque yo he sido tan engañado como vosotros. Volvámonos hacia el poblado. Vuestras mujeres y vuestros hijos están en peligro, si los indios se dan cuenta de vuestra marcha.

En aquel momento llegó “Rayo”, y Alfredo, mostrándole la nota de Elena los convenció para volver inmediatamente.

La primera casa hacia la que Gray dirigió su ataque fué el restaurant, pero no contó con la energía de Elena, que se defendió bravamente, hasta que llegó Alfredo, y de

un certero disparo dejó sin vida a su eterno rival.

Los indios, al ver que volvían los hombres, hicieron una breve resistencia, pero finalmente huyeron, no sin dejar sobre el campo algunos de sus hombres.

La tragedia solamente había asomado su faz sobre el poblado y cuando aquella noche, Alfredo se encontraba a solas con Elena, le preguntó:

—¿Quiere usted saber ahora por qué siempre he hablado en plural?

La joven sonrió deliciosamente, a la vez que apoyaba su linda cabecita sobre el hombro de Alfredo, dándole a entender que estaba conforme con aquella pluralidad.

También en el interior del restaurant había otro idilio: la tía Agueda se había dejado vencer por las palabras de Pedro, que le ofrecía un amor tan largo como su vida pasada, porque la que le quedaba no debía ser muy duradera, a juzgar por los años.

FIN

## TANGOS ARGENTINOS

BIANCO BACHILIA

MARCUCCI

LO MEJORES TANGOS

IMPERIO ARGENTINA

SPAVENTA

LINDA THELMA

MANUEL BIANCO

CARLITOS GARDEL

PEPE COHAN

SOFIA BOZAN

CATULO CASTILLO

ERNESTO FAMA

JULIO DE CARO

## OIGA!...

Estos son los  
mayores éxitos:

Cada librito contiene 2 tangos modernos diferentes

PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A

BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos en sellos de correos, se los enviará enseguida

# **SOLAMENTE**

en las simpáticas publicaciones

## **BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR**

encontrará usted las más grandes  
producciones de las invictas marcas

GAUMONT

LUXOR VERDAGUER

ARTISTAS ASOCIADOS

FOX FILM

PARAMOUNT

FIRST NACIONAL

METRO GOLDWYN

UNIVERSAL

PRÍNCIPE FILMS

Pida hoy mismo el Catálogo General que  
se lo remitirán gratis, a

**BIBLIOTECA FILMS**

APARTADO 707 - BARCELONA

LOS COLOSOS  
DEL OESTE  
AMERICANO

133  
Solamente los  
encontrará en

**BIBLIOTECA  
FILMS**

(Título de la  
supremacia)

**TOM MIX**

**TOM TYLER**

**CHARLES JONES**

**HOOT GIBSON**

**FRED THOMSON**

**JACK PERRIN**

**REX BELL**

Nuevo caballista que será el  
asombro de las multitudes.

---

Pida el nuevo Catálogo General que se remite gratis, a

**BIBLIOTECA FILMS**

Apartado 707 - BARCELONA